

## CAPÍTULO 1

–¡Hazme sitio! –dijo Greta probando a tirar de la manta de Julián.

–He dicho que no –la voz de Julián sonaba apagada, estaba acostado de espaldas a ella, con la cara hacia la pared–. Además, hace rato que duermo.

–No es verdad –Greta pisaba, con piernas temblorosas, primero con un pie y luego con el otro. Él siempre decía cosas que sencillamente no eran verdad. Y para colmo, ella tenía frío. Por la cortina entreabierta penetraba una pálida franja de luz lunar. La niña se miró los dedos de los pies, que ya debían de estar morados por el frío. Podría ser. Pero estaba demasiado oscuro para distinguir el color. Probó a mover el dedo gordo del pie izquierdo. Aún funcionaba perfectamente.

De Julián, en realidad, no se veía nada. O casi nada. Había tirado de la manta hasta taparse la nariz cuando ella abrió la puerta procurando no hacer ruido y se acercó a hurtadillas a su cama. Ella se había dado cuenta de todo.

Greta sopesó sus posibilidades. Podía, claro está, ir directamente a su habitación caminando por el estrecho pasillo hasta la segunda puerta a la derecha e introducir en el enchufe la pequeña lámpara con forma de rana que parecía carcajearse y emitía un brillo consoladoramente verde. Pero, desde que la abuelita Lotte no estaba allí para llevarla a la cama y dibujarle con su retorcido pulgar una cruz en la frente, Greta no conseguía entrar en calor bajo su manta.

También podía, naturalmente, girar frente a la primera puerta y colarse en la habitación de su madre. Pero hacía tiempo que no se atrevía a hacerlo, exactamente desde que ese Michael también desaparecía cada noche detrás de aquella puerta. Ella siempre lo llamaba «ese Michael», como si «ese» fuera parte de su nombre. En realidad, ese Michael era bastante simpático, pero tenía un gran defecto: siempre estaba presente.

Greta lanzó un suspiro especialmente sonoro. Sabía que lo único que debía hacer era permanecer ahí durante un buen rato esperando y emitiendo de vez en cuando, como quien no quiere la cosa, algún triste sonido, para que Julián acabara cediendo. Siempre era así.

—¡Lárgate, renacuaja! —oyó retumbar bajo la manta. Pero el tono de voz no le pareció muy convincente.

«No puedes dormir siempre con tu hermano», había dicho su madre esa misma mañana cuando fue a despertar a Julián para ir a la escuela. Lo había sacudido suavemente por los hombros y cuando él

se dio la vuelta rezongando, descubrió que de nuevo no estaba solo.

Pero ¿por qué no? ¿Por qué no podía dormir siempre con su hermano si ella ya había demostrado que podía dormir sola?, pensaba Greta poniéndose sobre las puntas de los pies y después sobre los talones, y haciendo con las plantas desnudas un suave chup chup sobre el suelo de linóleo.

—¡Lárgate de una vez! —a pesar de que su voz se había tornado bastante fuerte, Julián, o más bien aquel bulto escondido bajo la manta, no se movía. Parecía como de piedra bajo la luz gris.

Ese día estaba especialmente tozudo. ¿Qué necesidad tenía de montar semejante circo cuando ya se sabía de antemano en qué iba a acabar todo? Desde que Litalotte se había marchado, cada noche se repetía la misma historia. Al principio su madre la había animado a meterse bajo la manta de Julián. Probablemente ella misma, con sus ojos enrojecidos por el llanto, también hubiera preferido acostarse a su lado.

Pero lo dicho. Ahí estaba ese Michael, y, desde que Litalotte se había ido, era más frecuente verlo pasándole el brazo por la espalda a su madre o besándole la mano, y después, cuando ella apoyaba la frente contra su hombro, Greta sentía un extraño tirón en el pecho, o tal vez en la barriga. O quizá en todas partes.

No sabía si a Julián le sucedía lo mismo. En todo caso, él solía salir de la habitación sin chistar y su madre se quedaba mirándolo con tristeza. «¡Déjalo! Quiere estar solo», decía entonces ese Michael. Pero

Greta sabía que no era así. Julián siempre se hacía el huraño cuando lo que estaba deseando era que su madre fuera tras él. Y en realidad tampoco tenía nada en contra de que Greta fuera a meterse en su cama.

¿Cuánto tiempo hacía que Litalotte se había ido? Greta no tenía ni idea, pero le parecía que un montón de tiempo.



La niña emitió una suave tosecilla. Luego arrugó la nariz como si estuviera resfriada.

—¡Petarda! —le espetó Julián, y Greta supo que había ganado. Sin darse la vuelta, Julián echó el brazo hacia atrás y levantó un poco la manta—. ¡Pero el bicho ese se queda fuera!

El bicho ese se llamaba Karla y era una señora elefanta. Greta suspiró, le dio un achuchón, se la acercó a los labios y la colocó con cuidado sobre la silla al pie de la cama. A Julián las señoras elefantas, en general, no le gustaban, y menos aún en su cama. Pero Karla era una señora elefanta excepcional y no se enfadó, ni con él ni con Greta. Nunca se ofendía por tener que pasar una noche sola sobre una dura silla.

A toda prisa, Greta dibujó con su pulgar una cruz sobre la frente del peluche gris. Luego tiró del pantalón del pijama de franela que no paraba de escurrírsele por las caderas y se lo subió hasta el ombligo, pegó un salto al interior de la cama y enseguida aquella mole que era su hermano se movió hacia la pared.

—¡Y no se te ocurra tocarme con tus asquerosos pies helados! —rezongó Julián.

Greta se arrebujó bajo la manta suave y calentita, arrimándose contra la espalda de su hermano. Él yacía allí, tieso como un palo, y ella se apretó aún más contra su cuerpo, cuidando de mantener los pies alejados de él, pues la paciencia de Julián tenía límites.

Como queriendo ponerlo a prueba, le sopló suavemente en la nuca. Julián, entonces, pegó un mano-

tazo hacia atrás como si lo hubiera picado un mosquito y le dio un codazo.

–Si no paras de una vez, te echo fuera, renacuaja.

Pero esta vez su voz sonaba muy diferente. A Greta se le hizo un nudo en la garganta. Se incorporó, apartó con cuidado la manta de la cabeza de Julián, se inclinó sobre él y con su manecita le secó la mejilla.

–¡No llores, Juli! –le dijo en el tono de voz que su madre solía emplear en estas ocasiones.

–No estoy llorando.

–Bueno, muy bien. Porque, ¿sabes?, tengo una idea.

Julián carraspeó y dijo como hablando con la pared, contra la que seguía tumbado:

–¡No me digas, qué interesante! –lo decía, claro, con cierto desdén.

Greta se dejó caer de nuevo sobre la cama, apretando por un momento la nariz contra el cuello de Julián y aspiró el suave aroma a champú de melocotón que exhalaba.

–Ya sé qué podemos hacer para que Litalotte vuelva a casa.

Julián se puso aún más rígido.

–Ella nunca volverá a casa.

–¿Quién dice eso?

–Yo.

Durante unos instantes Greta se quedó pensativa, pero, puesto que Julián era amigo de decir de vez en cuando cosas que sencillamente no eran verdad, no le dio mayor importancia a lo que acababa de oír.

–He pensado que si nosotros nos dedicamos a

hacer cosas que a ella no le gustan, no tendrá más remedio que volver.

—¡Qué dices! —ahora Greta había conquistado la atención de su hermano. Incluso había hecho que se diera la vuelta hacia ella. Su propuesta al menos parecía haberlo sorprendido tanto que ni siquiera había pensado en secarse el último lagrimón que permanecía pegado a su mejilla y resplandecía a la luz de la luna.

—Greta, ya te lo he dicho mil veces —le dijo adoptando un tono bastante más paciente que de costumbre—. Litalotte está muerta.

—Por eso mismo —contestó ella haciendo un puchero.

—¿Cómo que por eso mismo?

—Sí. Está en el cielo y desde allí nos está mirando. Eso fue lo que dijo mamá y también el cura.

—¿Ves, lo que yo te decía?

—Y nosotros ahora tenemos que conseguir que se baje de la nube o de donde quiera que esté sentada allá arriba.

Julián se rió entre dientes y le pellizcó la nariz:

—¡Qué gracioso eso que dices!

—¡Tú ahora escúchame, Juli! Cada noche, y también durante el día, le he pedido muchas veces que vuelva con nosotros. A Dios también se lo he dicho. Con mucha amabilidad. A ver si Él puede convencerla.

—¡Eso ha estado muy bien, renacuaja!

—Exacto, pero ella no hace caso. Por eso ahora se acabaron las contemplaciones.

Greta no sabía qué era eso de las contemplacio-

nes, ni por qué tenían que acabarse, pero su madre siempre lo decía cuando le parecía que Greta no estaba portándose como debía. Y ahora era Litalotte la que no se estaba portando como debía. Para nada.

—Haremos una travesura tras otra, todo lo que ella no puede soportar y lo que siempre nos ha prohibido. Estaría bueno que no pudiéramos vencerla así.

Julián le dirigió una mirada incrédula. Parecía estar hecho un mar de dudas. Se esforzaba tanto en reflexionar que un profundo surco marcaba su entrecejo. Además se mordía el labio inferior.

—Oye, creo que eso no está pensado así —musitó finalmente en tono desconfiado—. Eso del cielo. Una vez que estás ahí, estás y sanseacabó. No puedes irte a otra parte.

—Pero ¿por qué no? —Greta frunció el ceño. A veces Julián era verdaderamente duro de mollera—. Si estás en un sitio, también puedes irte de ahí, es de cajón, ¿no?

—¿Y entonces por qué no ha vuelto, si ya ha pasado tanto tiempo, eh?

Greta se quedó pensando durante un largo rato. Ella tampoco podía explicárselo muy bien:

—Debe de ser que allá en el cielo todo es muy bonito, ¿no crees? Como las vacaciones en la playa y como una montaña de helado de limón. Así más o menos.

Julián no decía nada.

—Seguro que le gusta estar ahí, y si además piensa que nosotros nos las arreglamos bien sin ella, no

tiene necesidad de marcharse. Del cielo, quiero decir.

Julián no estaba del todo convencido, ella lo notaba, pero la idea de que, por así decirlo, bastaba con aguarle la fiesta a Litalotte para que volviera a casa, parecía gustarle. De modo que Greta se dispuso a dar su último e infalible golpe.

—Sólo porque lo digan ellos —dijo señalando la pared que daba a la habitación de su madre—, no tiene por qué ser cierto, ni mucho menos, que de ahora en adelante vaya a quedarse en el cielo —hizo una pausa breve pero significativa y añadió—: Y ese Michael no tiene ni la menor idea.

Ahora ya se lo había metido en el bolsillo.

—Tienes razón —refunfuñó Julián apoyándose sobre el codo—. Vamos a hacer un plan —dijo resuelto, como si todo hubiera sido idea suya, lamiéndose a escondidas una lágrima de la comisura de la boca con la punta de la lengua.

Greta, por su parte, también se incorporó un poco metiendo con disimulo sus pies, aún fríos, bajo las pantorrillas calientes de su hermano. Julián dio un respingo, pero hizo como si no lo hubiera notado.